

¿POR QUE NO CONTARLO, LILA BRIK?

CUADRO 1

Habitación-estancia rusa, clima años 70 del pasado siglo. En la penumbra podemos distinguir la figura de una mujer sentada en una de las dos sillas colocadas al lado de una mesa donde se distingue una botella (vodka) y un vaso de cristal. Se escucha progresivamente un audio compuesto de diálogos y sonidos en ocasiones fundiéndose entre sí y generando confusión. Proviene de fragmentos de películas soviéticas ¹, discursos de Lenin, concentraciones de época, voces de niños recitando o cantando, bandas orquestales... Ella bebe del vaso en varias ocasiones. Estamos en el momento previo al inicio de la obra mientras el público se va situando en su localidad (aproximadamente cinco minutos). Finalmente, el audio desaparece gradualmente y la mujer se levanta y acciona un interruptor del fondo que enciende la bombilla central que ilumina la estancia junto a luces indirectas laterales ajenas a la mirada del espectador. Es Lila Brik, mujer madura, con una horquilla de edad que podríamos situar entre los 60-75 años. Viste discreta pero pulcramente con una toquilla de color alegre sobre los hombros y un pañuelo en la cabeza, transmitiéndonos la imagen de una mujer atractiva, hermosa, en absoluto descuidada.

Vemos, ahora sí, la totalidad del espacio escénico. Pequeño, discreto, sobrio: mesa central, dos sillas, bombilla que cae del techo (luz principal), a la izquierda una cocina de gas muy usada, un pequeño fogón y utensilios básicos de menaje en los estantes: platos, cubiertos, dos vasos, dos tazas, una cazuela, sartén... Aceite, sal, azúcar... También un cuenco con elementos higiénicos personales. Al fondo una cama con una pequeña camilla complementaria sobre la que descansa una lámpara, una vieja radio, un reloj despertador y un portafotos que, aunque no se distingue bien, contiene una instantánea conjunta de Lila y Vladimir Maiakovski sonrientes. Las paredes viejas y a falta de una mano de pintura se completan (lateral derecho) con libros, algunos de ellos apilados, sin abusar de su presencia. Se ve también una antigua máquina de escribir y un teléfono (clásico). Un pequeño ropero y algún otro elemento costumbrista completan el attrezzo ².

Lila Brik, tras encender la luz, se sitúa a la altura de la mesa...

¹ Sugerencias: “Cuando pasan las cigüeñas” (Mikhail Kalatozov); “El destino de un hombre” (Sergei Bondarchuk); “La vuelta de Máximo Belinskiy” (Grigori Kòzintsev)...

² Una posibilidad de construcción escenográfica alternativa, siguiendo la estética escénica de Vsevolod Meyerhold y el propio Mayakovski (fórmula constructivista), podría basarse en la desaparición del escenario *ad hoc* y la elaboración de un espacio que recuerde la silueta de un arco (circo) con la reproducción simbólica de los elementos señalados (ejemplo: film “Dogville”, Lars von Trier, 2003, etc.)

- “Yo esperaba a Volodia cada tarde a la puerta del cine Arbatski. Paseaban las parejas, regresaban los obreros de las fábricas, los niños jugaban aprovechando las últimas horas de luz... El llegaba siempre puntual, sorteando los charcos y el frío. Muchas veces venía con chistera, una camisa amarilla y una gran corbata negra. Sencillamente era distinto. Me besaba los labios... Me cogía de la mano... Y allí mismo, improvisando un escenario en medio de la calle, me recitaba sus versos en voz alta para que todo el mundo pudiera oírlos. Así era Vladimir Maiakovski, mi Volodia. Una nube de dos metros de ternura con pantalones. Una fuerza de la naturaleza eternamente enamorada de todo. Le había conocido en el campo, años atrás. El tenía 23 años. Yo, 22. Era amigo de Elsa, mi hermana. Apareció de repente en el bosque. Llevaba un blusón amarillo, una gorra de proletario y un pañuelito rojo alrededor del cuello. Entró en nuestra *dacha* y gritó: “Elsa, vamos a pasear” y yo fui con ellos. Vladimir caminaba entre los abedules y leía poemas. Al final me preguntó: “¿Puedo dedicarle unos versos?”. Entonces, comprendí enseguida que le amaba”.

Lila se sienta en una de las dos sillas mientras extrae una bolsa con tabaco de picadura y papel y comienza a liarse un cigarro que, mientras sigue hablando, finalmente enciende. A lo largo de todas las escenas beberá en alguna ocasión del vaso o se servirá de la botella, sin abusar en ningún caso del gesto.

- “Yo estaba casada con Ôsip Maximovich Brik. Me encantaba su inteligencia y entusiasmo. Le había conocido de pequeña en el colegio, digamos una pasión adolescente. Le dije que Maiakovski y yo nos amábamos y él, que admiraba fervientemente a Vladimir, lo comprendió. Los tres decidimos no separarnos nunca, permanecer juntos incluso a través del tiempo. “No puedo permitirme ser celoso”, decía Volodia. Pero lo era, siempre lo fue. De todos modos, pese a los comentarios, los rumores y las miradas, vivimos nuestra vida espiritualmente unidos, incluso en la misma casa. Era nuestra forma de entender las relaciones por encima de manuales y de liturgias.
¡Cuántas cosas han sucedido desde entonces! ¡Cuántas vivencias que ahora parecen olvidadas! ¡Cuántas personas, cuántas situaciones...! ¡Cuántas historias vivimos juntos...!
Volodia amaba frenéticamente en todos los sentidos. Amaba la revolución, el arte, el trabajo; amaba el peligro, el aire que respiraba; me amaba a mí, a las mujeres... “Amar es arrancarse de las sábanas desgarradas por el insomnio, una tempestad de fuego y de agua”, escribía. Me contaba la historia de aquella estudiante que en su gira por provincias se enamoró de sus versos, pero no se atrevió a seguirla... O de Tatiana que emigraría del país y que él conocería en Francia antes de que se casara con un vizconde por la iglesia con traje blanco y ramo de flores... O de Verónica, la actriz que adoró su mito pero nunca se le entregó pasionalmente porque estaba enamorada de otro, lo que le generaría enormes depresiones... Volodia. Hombre, al fin. Un niño inmaduro y terrible para el amor”.

Lila se levanta y comienza a caminar por la estancia mientras fuma relajadamente el cigarrillo y dirige su mirada a los espectadores.

- “Si no le hubiese exasperado todo no habría sido poeta. Hoy lo puedo decir: no era feliz. Sólo en los primeros años de la Revolución vivió con furor y alegría. Pero incapaz de asumir la decadencia, no sabía resignarse a la idea de que la juventud dura un instante y que el futuro es casi siempre mediocre... Tendría que ver ahora a su adorada Lila, ¡ja,ja,ja! Bolsas debajo de los ojos y patas de gallo, un verdadero homenaje a la vejez, ¡ja,ja,ja! No sé qué pensaría al verme... Pero bueno, al menos durante quince años compartimos todo: tertulias con escritores, obreros, arquitectos, prostitutas, pintores, campesinos, estudiantes... Viajes de aquí para allá, guiones de cine, espectáculos de circo, recitales poéticos en fábricas y cabarets... Le encantaba la provocación, alterar el orden de los bienpensantes. “¡Qué delicioso es el muslo asado de una muchacha!”, gritaba en las noches eternas de “El Pintoresco”, “La Caja de Música” o “El Café de los Poetas” ... Era un genio loco e indisciplinado. Pero no era feliz...”

Sigue caminando mientras parece responder a preguntas que nadie ha formulado.

- “¿Qué si había hambre y necesidades en aquellos años? Claro que había hambre. Y frío en unas casas sin carbón para calentarse. Y tuberculosis y tifus y disentería... Pero en este punto olvidado del planeta, el mundo había comenzado a dar la vuelta sobre su propio eje. Aquí, en Moscú, los trabajadores obligaron a los dueños de las fábricas a aprender las bases del futuro Derecho obrero; en Odessa los estudiantes comenzaron a dictar a sus profesores un nuevo programa de “Historia de las civilizaciones”; en Petrogrado los actores hacían dimitir a los directores de los teatros y comenzaban a representar sus propios espectáculos... Teníamos hambre y necesidades, sí, pero también fe. Sobre todo mucha fe en un tiempo nuevo que había decidido venir hasta aquí para quedarse. Con Prometeo habíamos robado el saber a los dioses para regalárselo a los hombres a manos llenas. Sencillamente habíamos asaltado el cielo... **(se queda pensativa)** Pero enseguida vimos que no todo era tan fácil. Queríamos crear una sociedad perfecta, una sociedad feliz sin ricos ni pobres sin darnos cuenta de que el material que teníamos en nuestras manos para su construcción era el género humano. El hombre y sus contradicciones. La envidia, los celos, el egoísmo, la avaricia, el sectarismo, la mediocridad... Un sueño en la tierra de realización inmediata frente a siglos y siglos de “moral y buenas costumbres...” **(hace el gesto de comillas con los dedos)**

Voz de Un-a Espectador-a entre el Público:

- “¡Ingenuos, eso es lo que erais!... ¡Unos ingenuos!”

Lila Brik se le queda mirando durante unos instantes...

- “Puede ser, tiene usted razón. Un problema, quizá, de ingenuidad. Cambiar el mundo, decía Marx. Cambiar la vida, nos gritó Rimbaud. No completamos el axioma, es verdad. Pero créame que lo intentamos desesperadamente. Con sus más y sus menos, con nuestros flujos y reflujos de la marea, pero lo intentamos... Eramos, como contaba Volodia, aquellos a quienes la noche enfermiza ha vomitado. Eso era todo. Y especialmente en el mundo del arte. Un nuevo mundo, un arte nuevo. Esa era nuestra consigna. Pero está claro que no todos lo entendieron. E incluso, como usted, con el tiempo nos lo reprocharon. Tan sólo unas décadas más tarde los mismos jóvenes que habían demostrado admiración por nuestras luchas y compromisos, muchas veces truncados por la muerte, nos gritaban con absoluta perplejidad: “¿Cómo unas personas como vosotros, templados en combates durísimos, podéis haber sido tan ciegos ante la perversión de vuestros propios ideales? ¿Erais cómplices o tan sólo imbéciles?”... Y, como usted, tenían razón. Pero sólo a medias. Le puedo decir que también eran injustos en sus críticas. En aquellos años de pasión absoluta, de militancia y romanticismo, tocamos el cielo. Descubrimos, sí, sus cirros, cúmulos y estratos. Eclipses y borrascas. Pero también la sonrisa cómplice y sincera de “los de abajo”, de los eternos perdedores de la historia. Los pintores abandonaban los caballetes y trabajaban en grandes espacios diseñando objetos cotidianos, vestidos, máquinas... Los arquitectos buscaban nuevas formas para los edificios... Los cineastas inventaban maneras de mirar y procesos técnicos no experimentados hasta entonces... Los poetas, como Volodia, creaban palabras y términos extraídos del lenguaje popular... Pero todo eso se vino abajo cuando ellos establecieron, por decreto ley, que la imaginación tiene moldes, que la representación artística, es decir la vida, queda supeditada a un supuesto bien supremo, que está prohibida la creación fruto del azar o, lo que es lo mismo, que no había lugar para una manifestación más o menos espontánea de la necesidad...”

Suena el teléfono. Lila, desconcertada en un primer momento y tras dejar que se repita el sonido de la llamada varias veces, se dirige a cogerlo.

- “¿Dígame?”

Durante un intervalo de tiempo, no muy largo, ella escucha por el auricular y mueve la cabeza acompañando la conversación con leves sonidos de confirmación. Finalmente cuelga el aparato y sonrío mirando al espectador.

- “No, no es nada. Sí, son ellos otra vez. Lo hacen a menudo cuando oyen ruido en la casa o algún vecino, supongo, les cuenta que estoy de nuevo refiriéndome a estas cosas... Son extremadamente atentos, eso sí. “Buenos días, usted perdona señora Brik, pero mire queremos recordarle que no es conveniente hablar con desconocidos, usted ya sabe, que no hay que remover siempre el pasado, que puede dar lugar a equívocos, cómo decirle, usted es un referente para todos nosotros, que no hay nada cómo tener una vida tranquila disfrutando de todos los avances de esta sociedad, bla, bla, bla, bla, bla, bla...”. Trato respetuoso con una venerable viejecita

sobreviviente pero insistentemente beligerante... Siempre lo mismo mientras sigue en venta el jardín de los cerezos..."

Lila se dirige al estante donde está la radio y la enciende. Se ilumina el dial del aparato y comienza a sonar "La Varsoviense" ("Varshavyanka") interpretada por los Coros del Ejército Rojo. Lila la tararea suavemente cerrando los ojos mientras va recorriendo la habitación, en una leve y acompasada danza. Por los movimientos observamos que es y ha sido una excelente bailarina. Después de unos minutos iniciales, la luz va apagándose gradualmente y ella sigue bailando hasta que, en penumbra, desaparece de escena mientras continúa sonando la música que, al igual que la luz de la radio, permanece durante los minutos de descanso ...

CUADRO 2

Lila aparece sentada de nuevo en una de las dos sillas centrales, en penumbra, mientras vuelve a beber del vaso. Juega entre sus manos (se intuye) con una carta y un sobre. Sólo permanece iluminada, con su propia luz, la radio del fondo. Entre el público un "espectador" se pone de pie con un libro. Comienza a leer unos versos de Vladimir.

"Ciudadano Inspector:

Perdone la molestia.

Gracias...

Estoy bien así, de pie...

Vengo a hablarle

de un asunto bastante delicado:

el lugar del poeta

en las filas obreras.

Al igual que los que poseen

tierras y comercios,

se me somete a impuestos

que debo pagar.

Usted me exige

quinientos rublos al semestre

y veinticinco de multa

por no haber declarado a tiempo...

Quiero decirle que mi trabajo es semejante

a cualquier otro.

Vea usted todas mis pérdidas,

los costes de mi producción

y la suma que invierto en materiales.

Usted, por supuesto,

conoce qué es una rima...

Por ejemplo,

si el primer verso

termina en "anca"

pondremos

en el tercero, repitiendo esas sílabas,

algo así como "blanca".

Usando su propio lenguaje
digamos que la rima
es un cheque.
"Cóbrese el verso alternado"
-dicen sus normas.
Y buscas con detalle sufijos y declinaciones
en el cofre vacío
de las conjugaciones.
Tratas de meter
una palabra en la estrofa
y si no entra
y aprietas... se rompe.
Ciudadano Inspector:
créame usted,
el poeta
paga muy caras las palabras.
Usando mi lenguaje
le diré que la rima es un barril,
un barril de dinamita.
La estrofa es la mecha.
Cuando la estrofa se consume,
estalla la rima
y el verso vuela por el aire y la ciudad.
Pero, ¿dónde encontrar,
a qué precio,
rimas que maten con la primera explosión?
Supongamos que sólo queden
unas cinco rimas
y andan perdidas más allá de Venezuela.
Me voy a buscarlas
haga frío, haga calor,
atado por anticipos, préstamos y deudas.
Ciudadano, tenga usted en cuenta el pago de los viajes.
-La poesía es siempre un viaje a lo desconocido.
La poesía es como la extracción del radio.
Un solo gramo
cuesta un año de trabajo.
Para encontrar la palabra precisa
transformas
miles de toneladas de materia prima verbal.
Pero ¡qué ardiente
es el calor de esas palabras
comparadas con el humo
de la palabra bruta!
Esas palabras mueven
millones de corazones
durante miles de años.
Por supuesto,
hay diferencias entre los poetas.
Muchos, con hábil mano de prestidigitador,
sueltan estrofas de la boca,
suyas y de otros.
¿Y para qué hablar
de los líricos castrados?

Usan versos ajenos
 y están felices.
 Es otro robo y despilfarro,
 uno más entre los que azotan el país.
 Esos versos y odas
 del presente,
 los mismos que el público
 aplaude a rabiar,
 pasarán a la historia
 como gastos suplementarios
 de dos o tres versos escritos por nosotros...
 Hay que comer muchos kilos de sal, como suele decirse,
 y fumar cien cigarrillos
 antes de extraer
 la palabra preciosa
 de las profundidades
 del alma humana.
 Por todo eso le pido
 que rebaje los impuestos.
 Quite del total
 la rueda de un cero.
 Un rublo noventa cuestan cien cigarrillos,
 uno sesenta, la arroba de sal.
 En el formulario que me ha enviado
 hay muchas preguntas:
 -¿Ha viajado
 o no ha viajado?
 Si le respondo que en estos quince años
 he reventado
 decenas de Pegasos,
 ¿qué pasará?
 Usted -póngase en mi caso-
 pregunta si tengo
 criados y bienes.
 ¿Y si le respondo
 que soy guía
 y, a la vez, criado
 del pueblo?
 La clase obrera vibra
 con nuestras palabras:
 somos proletarios,
 motores de la pluma.
 La máquina del alma
 se desgasta con los años.
 Le dicen a uno:
 -Estás gastado, fuera.
 Cada vez amas menos,
 te arriesgas menos
 y el embate del tiempo
 castiga tu frente.
 Así llega el desgaste mayor,
 el desgaste del alma y el corazón.
 Y cuando este sol
 grande y redondo

*se levante en el porvenir,
sin tullidos ni lisiados,
yo ya estaré podrido,
muerto bajo una fosa,
junto a decenas de mis colegas.*

*Haga pues
mi balance final.
Le aseguro a usted
-y no miento-
que entre los canallas actuales
y los vividores,
seré el único
con deudas impagables.
Nuestro deber
es hacernos oír
como sirenas de bronce
entre la bruma de los filisteos
y el fragor de la tormenta.*

*El poeta
siempre es deudor del universo
y paga con sufrimientos
las multas y los impuestos.
Yo contraí deudas
con los faroles de Broadway,
con los cielos de Bagdad,
con el Ejército Rojo,
con los jardines de cerezos del Japón
y con todo aquello
que aún no pude cantar.
A fin de cuentas,
¿Para qué necesito tanto?
¿Para disparar rimas
y enfurecer con su ritmo?
La palabra del poeta
es su resurrección,
su inmortalidad.*

*Dentro de un siglo,
en un escenario
leerán estos versos
y resucitarán este tiempo.*

*Y ese día
el hedor de la tinta
le envolverá con sus vahos, Ciudadano Inspector.
Usted, habitante convencido
del presente,
vaya al Comisariado de Caminos
y saque
un pasaje para la eternidad.
Calcule el efecto de mis versos,
divida mi salario por trescientos años.
Porque la fuerza del poeta
no reside solamente
en que le recuerden a usted en el futuro
y se asusten.*

No.

*Hoy la rima es también
caricia, consigna,
látigo y bayoneta..*

*Ciudadano Inspector,
pagaré cinco,
quitando todos los ceros
que están detrás.*

*Porque, en realidad,
lo que quiero
es un lugar*

*en la tierra de los obreros
y los campesinos más pobres.*

*Y si usted piensa que mi trabajo
consiste en saber utilizar
palabras ajenas, no hay problema:
aquí está, Camaradas,*

*mi estilográfica:
escriban ustedes
si quieren”.*

Lila, que ha seguido atentamente la lectura de los versos buscando en la penumbra la voz entre el público, comienza a hablar coincidiendo con la finalización de los mismos.

- “¡Volodia! ¿estás ahí? ¡Volodia!, ¡espérame! ¡Volodia, no te veo! ¿Dónde estás, Volodia?”

Lila se pone de pie y recorre el escenario a oscuras mientras trata de encontrarle. Busca el interruptor y enciende la luz alzando la voz con manifiesta desesperación.

- “Eres joven, Volodia. Hermoso, inquieto, activo... ¿Para qué morir? Dime, respóndeme. Unos te aman, otros te odian... Ley de la existencia, manual de uso. Eres difícil, inmaduro. Pero te amo y lo sabes. Te amo con la vida, Volodia. No me asustes. No quiero llorar como otras veces, Volodia. Sal, sal de una vez **(mueve el sobre con vehemencia)**. ¿Te ha molestado tanto la carta de mi hermana? ¿Te duele tan profundamente que me cuente que Tatiana Jakovleva, tu pasión francesa, se va a casar con un vizconde? ¿Ya lo sabías? ¿Entonces qué te atormenta? ¿Qué se haya ido con un noble o el insulto a tu amor propio de hombre derrotado? Llevas un niño insaciable en el fondo de tu alma, Volodia. Tienes que cambiar, no puedes seguir así, te vas a consumir con tus obsesiones...”

Suena el teléfono. Lila deja que el timbre repita la llamada varias veces.

- “¿Te acuerdas aquella noche en que me telefoneaste de madrugada? ¿Qué eran, las cuatro, las cinco de la mañana...?”

Se dirige hacia el aparato y lo descuelga mientras coloca el auricular sobre su oído.

- “¿Dígame? Ahí estaba tu voz, sorda, grave. “Me voy a matar. Adios, Lilik”. “Espérame”, grité, “espérame”... Me puse sobre el camión lo primero que tenía a mano, me lavé como pude y salí corriendo escaleras abajo...”

Habla a la vez que reproduce todos los movimientos que indica con la voz hasta llegar a la puerta del fondo.

- “En el portal le supliqué al cochero que se diese prisa incitándole, golpeándole con mis puños en la espalda. Al llegar me abriste la puerta. ¿Te acuerdas? Sobre la mesa había una pistola. “Me he pegado un tiro-me dijiste-pero el revólver se ha encasquillado y no he tenido valor para intentarlo otra vez. Te estaba esperando”. ¡Ay, Volodia! Yo estaba aterrorizada y no conseguía sobreponerme. Entonces me obligaste a jugar una partida de cartas. ¿De verdad que no te acuerdas? Te excitaba ganar, como siempre. Eres testarudo, un georgiano de molde, Volodia”.

Lila trata de calmar la intensidad del momento sirviéndose un poco de vodka y liándose un nuevo cigarro. Se sienta en la silla.

- “No sé por qué esa vez salí corriendo.... Quizá porque entonces sí me imaginaba lo peor... Siempre me decías: “Me voy a pegar un tiro, voy a terminar de una vez. Treinta y cinco años. Ese es mi límite. No voy a vivir ni un día más”. Yo me atormentaba. Te trataba de convencer de que no hay que temer a la vejez, de que no eres una bailarina. ¿Te iba a dejar yo de amar porque te saliesen arrugas? Pero tú, testarudo eterno, recordando sin cesar que no querías llegar a viejo ni verme vieja a mí... Y yo te repetía y te repetía que no es así, que la llamada “sensatez” por muy desagradable que sea, no es un rasgo infalible de la vejez, Volodia... Acuérdate de Tolstoi, te decía: poco antes de morir se escapó de su casa como un niño... ¡Seguía vivo!... Pero tú no atiendes a razones. Por eso estas separaciones, estas distancias tan difíciles de llevar...”

(Vuelve a agitar el sobre que en ningún momento ha dejado de mantener en las manos)

- “Cuando recibí la carta de mi hermana y observé tu reacción, tu salida en estampida, me asusté de verdad. A la mañana siguiente te llamé por teléfono a Leningrado, al hotel Europa. Te dije, lo recuerdo a la perfección, que estaba muy preocupada y que no hacía otra cosa que pensar en ti. Me contestaste con las palabras de un viejo cuento ruso: “Este caballo ya no sirve. Lo cambio” y me pediste que no me preocupara. “Quizá sea mejor que me reúna contigo, ¿te parece bien?”. Noté enseguida que te alegrabas. Salí aquella misma noche. En cuanto llegué no me dejaste sola ni un solo momento. Asistí a tus conferencias en aquellas grandes salas repletas de gente, la mayoría estudiantes. Tenías dos o tres actos al día y, al hablar, siempre ponías como ejemplo del mal supremo a los vizcondes... “Nosotros

trabajamos. No somos vizcondes franceses”. O bien: “El que os habla no es un vizconde francés”, “Si yo fuese un vizconde...”. El dolor se te había pasado, Volodia, pero seguías herido. Nunca he entendido que te sintieras sólo tan a menudo. Tenías amigos en todos los sitios, eras leído, escuchado... Creo que tu problema, mi Volodia del alma, era otro: querías ser leído por quien no te leía, escuchado por quien no te oía, estar en compañía de quien estaba ausente, ser amado por la mujer que no te amaba... Por eso aquella frágil barca de amor se estrelló contra la vida cotidiana...”

Lila permanece sentada en la silla. La luz se va difuminando gradualmente. De forma paralela comenzamos a escuchar la nana folklórica rusa incluida en la banda sonora de la película “Ojos Negros” (Nikita Mikhalkov, 1987). Durante el tiempo de su interpretación, coincidente con el cambio de cuadro, Lila permanece sentada en penumbra en su lugar habitual. Poco antes de finalizar el tema musical se dirige hacia el fondo donde está su ropa. Se cambia la toquilla de color por una de color negro y se quita el pañuelo de la cabeza. No se apreciará claramente en un primer momento –falta de luz- pero ha dejado el sobre y ha cogido otro, que debe parecer distinto al anterior a los ojos del espectador. Finalmente vuelve a encender la luz que regresa progresivamente. Camina por el escenario dirigiendo de nuevo su mirada al público.

CUADRO 3

Lila recorre el espacio escénico con un tono manifiestamente afectado. Habla más despacio, vocalizando, mostrando ambivalentemente dolor, emoción y orgullo en sus palabras...

- “El día 17 de abril por la mañana llegamos a Moscú. El féretro estaba expuesto en la Asociación de Escritores. Una inmensa multitud había venido a dar su último adiós a Volodia. La mayoría eran jóvenes. Nadie se acababa de creer que Vladimir Maiakovski se hubiese suicidado. Muchos pensaron incluso que era una broma macabra. Mi primera suposición era que a Volodia lo había asesinado algún terrateniente... Poco después, hablando con un miembro de la Asociación de Escritores Proletarios, institución a la que Mayakovski pertenecía aunque odiaba su sectarismo, le pregunté por qué no le habían ofrecido a Volodia un trabajo en el que se hubiera sentido a gusto. Sin pensárselo mucho me respondió: “Pero cómo me dices eso, Lila. ¡Si nos habíamos puesto de acuerdo para que examinase todos los originales en verso que llegaban a la redacción de la revista “Oktajbr”!... ¡Bah!, no valía la pena seguir hablando. Otro miembro de la Asociación exclamó: “¡No entiendo por qué arman tanto barullo por un intelectual que se ha suicidado! Nosotros somos distintos. ¡No nos pegaremos un tiro, nosotros no!”. La mediocridad siempre me produce náuseas. Si alguien se pega un tiro es por una de estas dos razones: o porque es más fuerte que las contradicciones que le desgarran o porque no tiene ni idea de lo que es una contradicción. Evidentemente ese hombre no tenía en cuenta esa segunda posibilidad”.

Sigue caminando por el espacio escénico.

- “Siempre me ha quedado la duda de si podía haberlo evitado. Si yo hubiera estado en Moscú ese 14 de abril quizá la muerte no se había producido todavía. ¡Pero quién puede saberlo!”

Dirige su mirada al sobre que tiene entre las manos. Lo abre y saca una carta.

- “Todo te salió al revés, vida mía. O por lo menos eso pensaste. Pudieron contigo las murmuraciones, los burócratas, tus fantasmas, tus derrotas imaginarias. Se te vinieron encima todos los siglos de infamias y silencios. Se abrieron los templos de la nada y los despachos se llenaron de miserables”.

Despliega la carta y lee despacio.

- “El suicidio no se lo aconsejo a nadie. No resuelve nada, es una fuga. Os pido perdón, amigos míos, por el dolor que os pueda causar y que estando vivo siempre traté de evitar. Buena suerte a todos”... Fiel a ti mismo hasta el final, Volodia. “Querida Lila, amada Lichka, ansiada Lisik, soñada Lisok, siempre Lili, mi orgía de diminutivos. Amame. Perdóname por todo, no me olvides. Defiéndeme, no me abandones aunque esté muerto. Ahora, igual que cuando estábamos juntos, quiero ser el primero en tu conciencia”.
Lo eres, mi Volodia eterno. Pero antes mírame. Observa mi cuerpo, mis rasgos, mi deterioro físico, mi sonrisa, mi vejez. Podía haber sido la tuya. Nunca lo entendiste. Y te respeto. Conservaste durante treinta y siete años la juventud. Pero yo, Volodia, te he mantenido vivo muchas décadas después. ¿Qué quieres que te cuente? ¿Qué me divorcié finalmente de Osip? ¿Qué me casé con un general que fue ejecutado años después acusado de troskista? ¿Qué he vivido todas estas décadas con un escritor y que nuestra casa se ha convertido en el lugar de reunión de las nuevas generaciones de jóvenes creadores? ¿O qué tengo una enfermedad incurable y que te voy a ir a buscar muy muy pronto a la puerta del cine Arbatski? Usted es muy celoso, señor Volodia y no sé si soportará estas noticias afectivas. Pero mírame. Mírame. No te asustes por mi aspecto de musa venida a menos. Sigo siendo la misma. Y regreso cada tarde a este rincón que fue nuestro. Te voy a contar un secreto: cuando el sol se va te siento volver a casa, abrir la puerta con la llave, colgar ruidosamente el bastón... Te veo entrar, quitarte la chaqueta, ir al grifo a lavarte obsesivamente las manos y, al poco rato, como no ves toallas, acercarte hasta mí con tus enormes manos tendidas, goteando... Y después sentado aquí a la mesa, en tu silla, bebiendo te, leyendo el periódico y soñando con un nuevo mundo que se extiende de norte a sur y de este a oeste. ¡Te veo tantas veces por las calles de Moscú y Leningrado! ¡Me confundo tan a menudo llamando Volodia a mis amigos!

Lila se levanta y lentamente se dirige a la cama portando la carta. Comienza a sonar la melodía de “La Varsoviense” (“Varshavyanka”) proveniente de la radio -que ha vuelto a encender su luz propia- pero esta vez interpretada en forma de suave vals ralentizado al piano. Se sienta sobre el lecho y comienza

a quitarse el calzado en una clara preparación para acostarse. Una vez dispuesta retoma otro fragmento de la carta. Lee en voz alta.

- “Lila, brutalmente dulce, no me olvides. Ámame. Si no me escribes me volverá loco”

Lila levanta la vista y, con lágrimas en los ojos, dirige su mirada hacia la silla de la mesa que imaginariamente ocupa Vladimir.

- “Yo te amo, mi Volodia. Y cada día de nuestro presente y de nuestro futuro seguirás hablando conmigo con tus versos”

Se acuesta. La luz se reduce gradualmente. Aumenta el sonido del piano interpretando “La Varsoviense”. Durante los aplausos finales se mantiene la melodía cubriendo los saludos de la protagonista. En ese momento, coda final, mientras continúa la música comienza a sonar el teléfono sin que nadie lo descuelgue...
